

El puerto de las lágrimas

Hacía ya cerca de un año que Carlos Manuel Céspedes —un criollo cubano—, desde su ingenio azucarero, había dado el «Grito de Yara» en pro de la independencia de la Isla. Aunque los sucesos que estábamos viviendo en la Península eran de suma importancia, también lo eran los coloniales; seguíamos la guerra antillana a través de los periódicos y de *La ilustración española y americana*. Muchas noches, mi padre me contaba las experiencias de sus tres años de estancia en la Isla. No era el único empresario catalán que había emigrado a las Antillas en busca de capital; nuestro futuro vecino, López y López, había conseguido amasar una enorme fortuna en la colonia. Claro que, como decía mi padre, «Unos traficamos con telas y otros con hombres».

Y así, oyendo narrar a mi progenitor sus andanzas por el trópico, descubrí «La Perla de las Antillas» y la lacra de la esclavitud. Y aquellas noches en nuestra casa, muy cerca de la chimenea, en el salón de grandes cortinajes granates, telones de satén del escaparate de las Ramblas, se me fue metiendo en el corazón una lejana isla: hermosa, caliente, distante y distinta. Una tierra de contrastes, de oportunidades y también de injusticias. Cada noticia venida de Cuba me apasionaba, y de aquí mi interés por aquella lejana guerra. Si los líderes cubanos obtenían algunos éxitos, podrían forzar a la metrópoli a pactar la creación de un gobierno autonómico para la Isla y la abolición de la ignominiosa esclavitud.

El gobierno español no estaba para tantas generosidades y, en marzo de 1870, el general Prim restablecía las quintas para el

envío de tropas a ultramar. Esta decisión produjo el rechazo de la población y una revuelta popular en Barcelona. El levantamiento, bajo el lema de «Abajo las quintas y viva Catalunya», fue muy intenso en los municipios fabriles de Sant Martí de Provençals, Sants, Sant Andreu y Gràcia. Difíciles tiempos cuando hay que gritar lo que es justo y peores tiempos cuando los gritos del pueblo no son escuchados.

La fábrica de mi padre estaba en Gràcia (una villa cercana a Barcelona que, con los nuevos proyectos de urbanización quedaría, con los años, incorporada a la urbe). La zona industrial de Barcelona cercana a las Ramblas era más cara. La calle de la Lluna, la de Riera, la de la Cera, Ferlandina o Hospital, abiertas a finales de los 50 en los solares de los huertos que estaban junto a las murallas derruidas entre el 54 y 56, se llenaron de pequeñas industrias, muchas de ellas con vivienda incluida pero fuera del alcance financiero de mi abuelo, el fundador. El abuelo Giordano era un emigrante que llegó de Alcoy con la abuela, ocho hijos y muchas esperanzas. Trabajó en una docena de oficios distintos hasta que entró de encargado en una fábrica de la entonces incipiente industria textil situada en los «Horts de Sant Pau»; avispadamente, se dio cuenta de las enormes posibilidades del negocio y, en cuanto sus hijos tuvieron edad de trabajar, instaló una modesta fábrica en el municipio de Gràcia. Con el tiempo, mis tíos eligieron otros caminos profesionales; no obstante, mi padre continuó y potenció la apuesta comercial del abuelo. Ahora, la proletaria villa de Gràcia era un foco del movimiento republicano y tomó la responsabilidad del levantamiento. Los obreros de nuestra fábrica lo secundaron.

Comenté con mi padre mi intención de unirme a los sublevados. Me soltó una enorme bronca con los típicos argumentos burgueses y ni que decir tiene que me prohibió aparecer por allí:

—¡Ni se te ocurra acercarte! Están las calles de la villa ocupadas por los revolucionarios y el ejército ha recibido la orden de pacificar la zona —me repitió, en el tono severo de las grandes ocasiones.

No recuerdo con exactitud qué le respondí; sin embargo, todavía puedo evocar la expresión agria de su rostro al confinarme en casa:

—¡Vete a tu cuarto y no salgas ni para comer!

A regañadientes le obedecí. Me tumbé en la cama boca arriba; apoyado en el almohadón, mirando al techo y con rabia contenida, murmuré mil maldiciones.

Di mil vueltas en la cama, no podía estar en la habitación por más tiempo mientras otros luchaban; mi padre ya había salido y tomé la decisión de ir a la villa. Me vestí con la seguridad del convencido: una camisa blanca recién planchada y los pantalones azules de pana serían mi uniforme... cogí una de las gorras de visera y me miré en la gran luna del armario. Al salir de la alcoba vi a mi madre esperando. Por un momento temí que me rogara que me quedase; sin decir nada, sacó unas monedas y me las entregó:

—Posiblemente tengas que sobornar a algún soldado o policía, cuídate.

Me besó en la mejilla y me puso bien la bufanda. Sus hermosas manos resbalaron por mi rostro en una cálida caricia. Antes de salir me giré para mirarla, su preocupada mirada me acompañó hasta la calle.

Subí corriendo por la Plaza de Catalunya y tomé el Passeig de Gràcia. El campanario de la villa no paraba de repicar llamando a la lucha. A la altura de los jardines de los Campos Elíseos, el corazón me golpeaba el pecho batido por la carrera y la emoción. Decidí tomar un respiro, me apoyé en una de las farolas de gas; el sonido de lejanos disparos y el constante canto de la campana me hicieron reanudar la galopada. Un numeroso grupo de soldados estaba apostado muy cerca. En el cruce de Provenza, varias piezas de artillería eran arrastradas por algunos de ellos y alineadas en posición de tiro. Traté de dar un rodeo para evitar a la tropa. Pegado a la pared de las casas, subí por una calle secundaria en la que, aparentemente, no había soldados. De pronto, me di de bruces con un piquete de artilleros:

—¿Adónde vas, muchacho? —me dijo uno de los militares.

—¡A la revolución! —le respondí, alterado.

Las risas de los soldados quedaron apagadas por un ensordecedor ruido y percibí claramente el olor a salitre y azufre: estaban bombardeando la villa. Las palomas de Gràcia levantaron el vuelo asustadas y sorprendidas. La campana seguía lanzando su grito

revolucionario. Cañones y ejército contra la voluntad popular era algo repetido a lo largo de la historia y el campanario, todo un símbolo obrerista, fue bombardeado; no pudieron enmudecerlo. Traté de escapar hacia la villa, los soldados me sujetaron impidiéndome huir; en el forcejeo, mi gorra voló por los aires y mi camisa blanca, recién planchada, se desgarró como el cielo de Gràcia mancillado por la pólvora y el humo del cañoneo. La pareja de guardias civiles que me devolvió a casa se conformó con la promesa de mi padre de que el hecho no volvería a repetirse. Bajo la áspera mirada de mi progenitor, fui confinado de nuevo a mi dormitorio.

En los tres días que duró el bombardeo, mi padre no se movió de casa; casi no me hablaba. Mi madre, en cambio, me contaba cómo todo el fuego del infierno cayó sobre Gràcia. Las baterías cañonearon a los revolucionarios con balas rasas y granadas. Al tercer día, cuatro columnas de asalto invadieron la villa. La resistencia fue casa por casa. Fusilaron a la gente en la puerta de sus hogares, delante de sus familias y frente a la historia. El cuarto día, la ciudad amaneció muda y triste de su propia vergüenza. El silencio dominaba las calles; temeroso de nuevas represalias, el Pueblo, derrotado, aceptó el destino que la fuerza, una vez más, le había impuesto. El levantamiento obrero había sido aplastado y el servicio obligatorio, restituido. Vi pasar bajo nuestros balcones a varios grupos de obreros presos que eran conducidos al Gobierno Militar: pantalones remendados, camisas hechas jirones y alpargatas de olvidado blanco, pero con la mirada del merecido orgullo reflejada en sus rostros sucios por el combate.

—No es justo —le dije a mi madre.

—No lo es, la lucha obrera no puede esperar justicia ni tolerancia —respondió.

El brazo de mi madre se deslizó sobre mi hombro en un gesto de protección.

En las semanas siguientes, varios reemplazos fueron llamados a filas y miles de soldados, embarcados para las Antillas. Una mañana, afectado por los acontecimientos vividos, acudí al puerto

para ver a los barcos partir hacia las posesiones de ultramar. Aparecieron los soldados. Las tropas llegaban acompañadas de bandas musicales del ejército que tocaban himnos patrióticos y marchas militares. Los uniformes rayados de los reclutas les convertían en una masa anónima de un solo rostro. Faltos de instrucción, se movían con torpeza y desconcierto bajo la pesada carga de sus armas y mochilas; sabían que, dentro de ellas, llevaban la bandera que les serviría de sudario en caso de muerte. La manta arrollada al cuerpo y los gorros de cuartel sin visera contrastaban con los uniformes azules o con los elegantes ros de los músicos que venían a despedirles.

Alrededor de los reclutas o siguiéndoles, una procesión de deudos desesperados, llorosos e impotentes, venían a dar el adiós al hijo, novio o marido al que no sabían si volverían a ver. Eran gentes humildes. Sin embargo, el vapor tenía otros pasajeros; subían al barco más tarde, cuando los soldados ya estaban hacinaados en las bodegas de los buques. Entonces, los representantes de la sacarocracia ocupaban sus camarotes, seguros de que el transporte humano que llevaban les protegería sus ingenios, sus plantaciones y sus vidas.

Nunca olvidaré aquellas despedidas. Los soldados profesionales se esforzaban en conseguir que los novatos embarcaran. Pasaban, una y otra vez, de las amenazas a los consejos, mientras arrancaban a los reclutas de los brazos de sus allegados. Los reclutas estaban allí de pie, con la mirada perdida, sin saber qué hacer, inmóviles. Parecía como si el empedrado del muelle tuviese un extraño magnetismo que los retuviera. Cuando por fin el buque zarpaba y los brazos cansados de ser agitados se rendían, los familiares de los soldados se alejaban del puerto llorando y maldiciendo: ¡A Cuba por no tener mil quinientas pesetas!

Más tarde supimos de la terrible mortandad de aquella guerra, conocimos las elevadas cifras de bajas. ¿Cuántos de aquellos soldados que vi embarcar no regresaron nunca? ¿Cuántos volvieron tullidos o enfermos? Cada nuevo embarque, cada visita al puerto, me dejaba un regusto amargo, pero siempre volvía. No sabía por qué, tenía la certeza de que todo aquello me importaba mucho más de lo que pudiera imaginar. Yo era parte de aquel drama.

Como hacía regularmente, mi padre invitó a casa a un importante grupo de empresarios con intereses en ultramar. Gracias a la mediación de mi madre, me dejaron asistir a la velada, no sin antes obtener mi solemne promesa de no inmiscuirme en la conversación. Acepté resignado. Aparecieron los contertulios, puntuales y extremadamente elegantes. Abundaban los ternos oscuros: grises y azules; chalecos a juego y pantalones ajustados de tonos más pálidos; botines o botas pulcramente lustrosos y corbatas de complicados lazos. El perchero del recibidor quedó plagado de sombreros, abrigos y gabanes y también algunas capas, a pesar de que esta prenda ya casi estaba en desuso.

Los invitados se acomodaron en el salón. Los observé a placer, mi presencia pasaba tan desapercibida para ellos que podía permitirme ese gustazo. En la mayoría de aquellos rostros patilludos, adornados con bigotes de variados estilos y bien recortadas barbas, se apreciaba un denominador común: el poder. Los sirvientes ofrecieron chocolate caliente y bizcochos. Las bandejas de plata se llenaron de copas de coñac que quedaron provisionalmente sobre el aparador. Se iniciaron las conversaciones con temas mundanos y aparentemente intrascendentes. Las obras de la ciudad, que crecía y se desarrollaba a un ritmo vertiginoso por el ensanche; salieron a la palestra la temporada del Liceo, los nuevos tranvías de caballos y la compra del palacio Moja —en Ramblas esquina Puertaferri, prácticamente al lado de casa— por Antonio López y López.

Mi madre acompañó a los caballeros durante el refrigerio chocolatero. Llevaba un hermoso vestido de color plata; desde el pequeño talle, moldeado por el rigor del corsé, la falda caía con un suave acampanamiento hasta los tobillos, en la parte superior un precioso encaje adornaba escote y muñecas. Cada uno de sus movimientos era acompañado por el suave murmullo de la crinolina. Cuando los sirvientes retiraron las vacías tazas de chocolate y sirvieron el coñac, mi madre se despidió de los invitados. Se levantaron todos al unísono y la saludaron cortésmente. Al abandonar el salón me lanzó un beso con el índice.

Mi padre abrió la caja de cigarros habanos, y a partir de entonces se inició la verdadera conversación. El ritual del encendido de los puros preludió las primeras disertaciones. Entre bocanada y bocanada, los argumentos cruzaron el salón, y entre volutas y anillos de humo surgieron las opiniones encontradas. Pronto los temas de la política peninsular dieron paso a los asuntos coloniales. Y allí, en el salón asomado a las Ramblas, aparecieron lugares tan lejanos como presentes: Cuba y Puerto Rico, Filipinas.

Dicen que de la discusión nace la luz, no dicen que en ocasiones es luz de tinieblas, es contraluz. La velada, que yo presumía de alto interés político, giró rápidamente hacia asuntos económicos y comerciales. Comprendí rápidamente que a la mayoría de aquellos «prohombres», de sonoros y conocidos apellidos, les importaba más su hacienda y sus posesiones cubanas que la vida de sus moradores. Me estremecí al oír hablar de los esclavos como mercancía, igual que caballerías, como si de cualquier materia prima se tratara. Las pesetas, los pesos oro, las toneladas de azúcar o la cosecha de tabaco primaron sobre la autonomía, la emancipación o la calidad de vida de las colonias.

Mil veces estuve a punto de saltar y de hablarles de aquellos pobres soldados que tenían que dejar tierra o taller para defenderles sus posesiones de ultramar. Pero ellos ya lo sabían, sabían que el poder del dinero, con la monarquía ayer y hoy con Serrano, era el que mandaba: dinero para hacer más dinero, soldados del Pueblo para reprimir a otro Pueblo, para esclavizarlo. Mi padre me miraba de reojo temiendo mi intervención. Pero yo cumplí mi palabra, no dije nada; sólo maldije, en silencio.

Algunos días más tarde llegó una esperada noticia: el Parlamento aprobaba la llamada «Ley de los Vientres Libres». La ley declaraba libres a los nacidos de esclava a partir de 1868 y a los esclavos mayores de sesenta años. No obstante, «los nacidos libres» tendrían que prestar servicio a los amos de sus madres hasta los dieciocho años. Mi madre y yo quisimos celebrar aquel acto de incipiente justicia. Después de cenar nos refugiamos en el salón

y le pedimos a Elena que nos trajera la botella de moscatel. El vino se deslizó por el cristal dispuesto a participar de nuestra alegría. Levantamos las copas, lenta y solemnemente; apenas chocaron y, antes de que pudiésemos beber un sorbo, apareció papá.

—¿Puedo brindar con vosotros? —preguntó.

—¿Sabes por qué brindamos? —dijo mi madre.

—Soy burgués pero no tonto —contestó él.

Brindamos los tres. Juntos y felices.

A pesar de su limitación, la ley no gustó a los esclavistas de Cuba... aquellos ricos hacendados que traficaban con almas mientras veían crecer las cañas y el tabaco de sus ingenios y plantaciones. Cuba estaba muy lejos para que la ley se cumpliera. Lejos en distancia y lejos en intenciones. La cristiana España sería una de las últimas naciones civilizadas en abolir la esclavitud. Todavía faltaba tiempo y mucho derramamiento de sangre para conseguirlo.

Las semanas siguientes fueron políticamente muy movidas. Los periódicos contaban, con todo detalle, los últimos acontecimientos: el general Prim ganaba su enésima batalla, esta vez en las Cortes. Como él quería, Amadeo de Saboya sería el nuevo rey. El prestigio del vencedor de Castillejos pudo con la popularidad del general Espartero, que obtuvo algunos votos como posible monarca, y con el sueño de la Restauración borbónica de algunos pocos, incluso con las pretensiones del duque de Montpensier. Amadeo de Saboya, duque de Aosta, era el elegido.

Para Prim, el de Aosta era un hombre bueno y podía ser un buen rey constitucional. Pero el duque no era un hombre de suerte. Llegó a España justo el día después de que su máximo vencedor perdiera su primera y última batalla: en la calle del Turco de Madrid, seis arcabuzos rompieron una leyenda. Los periódicos del día 28 de diciembre, como una cruel inocentada, contaban el atentado. Tres hombres habían acribillado el coche donde viajaba

el conde de Reus; las heridas no eran demasiado graves, pero el día 30 el general Prim moría a causa de la sepsis de sus lesiones. Y 1871 llegó en domingo, un domingo de luto. El cadáver de Prim, amortajado con uniforme de capitán general, quedó expuesto en la basílica de Atocha. Amadeo entró en Madrid al día siguiente; emocionado, sólo pudo llorar frente a féretro de su valedor, solamente llorar... solo.

Se habló y escribió mucho sobre la posible identidad de la mente ejecutora del atentado: republicanos exaltados, el duque de Montpensier y hasta el propio regente Serrano se barajaban como instigadores. Pero uno de los rumores me causó profunda impresión: se decía que los negreros de La Habana habían financiado la operación. Juan Manuel Manzanedo, un santanderino dueño de medio Madrid y al que se conocía como «el príncipe de los negreros», era el centro de las sospechas populares. ¿Tanto poder tenían los esclavistas en las colonias? El tiempo me daría la respuesta. Me quedé con una frase que la gente repetía en las calles y en los círculos políticos: «A Prim lo han matado en Madrid, pero el gatillo ha sido apretado en Cuba».

Un frío día de enero de 1871, Amadeo era coronado rey de España, llorando el cielo, presagio de un corto y desgraciado reinado. Los alabarderos reales acompañaron la comitiva real ante la curiosidad del pueblo y la animosidad de los poderosos; demasiados intereses habían sido perjudicados, bastardos y ocultos intereses.

La cara amable de la población vitoreando a su nuevo rey escondía una profunda y justificada reserva hacia la monarquía. Los ojos de Amadeo volvieron a humedecerse arrasados por la sensación de soledad. Uno de sus ayudantes trató de consolarle: «Es un hermoso y luminoso país, majestad, tal vez su luz pueda transformar el llanto en sonrisa».

—Si me dan tiempo, amigo mío, si me dan tiempo —dicen que repuso Amadeo.

